

Presentación de Rosa Regàs Pagés

Nela Bureu Ramos
Universitat de Lleida

Rosa Regàs no necesitaría presentación, pero sí la merece por sus éxitos literarios y su talento. Ahí están el premio Nadal, que obtuvo en el año 1994, con su novela *Azul* y el premio *Planeta*, que obtuvo en el 2001, con *La canción de Dorotea*. Y ahí están distinciones como la de “Chevalier de l’Ordre National de la Légion d’Honneur”, concedida por el gobierno francés, y la “Creu de Sant Jordi” de la Generalitat de Catalunya, ambas de 2005.

Admiro a Rosa Regàs porque es una persona inteligente, con mucho talento, porque es una mujer comprometida y porque tiene una energía envidiable. No se arredra ante nada; *arredra* es una palabra que utiliza mucho en sus escritos. Igual que la energía, que ella dice que hay que usar, porque si se usa, se adquiere más. Yo no estoy segura de que en mi caso sea así, pero lo que sí creo es que Rosa Regàs es una mujer incombustible. Un ejemplo de ello es la aventura que ella corre cada año (aunque no sé si sigue haciéndolo aún), y que consiste en llevarse a un ramillete de nietos a su casa de l’Empordà, en LLofríu; y no uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, sino más, y durante todo el mes de Julio. Fruto de estas aventuras, escribió un libro, *Diario de una abuela de verano*, publicado en 2004, y que es algo así como un cuaderno de bitácora de esas travesías estivales de Rosa Regàs.

También admiro a Rosa Regàs y me gusta leer a Rosa Regàs porque es muy generosa con sus personajes. Se percibe inmediatamente una ternura, una tolerancia, una comprensión hacia todos los personajes, independientemente de las maldades que tengan, que ella les haya puesto, o de los conflictos que sufran. En la lectura de la obra de Rosa Regàs se percibe una empatía que permite que el lector perciba inmediatamente su generosidad. Una vez dijo en una entrevista que cuando escribe se sumerge de tal manera en el proceso creador que no tiene en cuenta al lector; y no tiene por qué tenerlo, ni siquiera se tiene en cuenta a sí misma; es un sumergirse de lleno en la creación.

Pero ella sabe perfectamente, como todos los escritores, que el lector es una parte muy importante en el proceso de creación de significado, porque cuando leemos un texto, una novela, un poema, muchas veces lo que vemos es lo que hemos vertido ahí al leerlo. Y esta es la magia de la literatura, que nos pone en contacto no solamente con el mundo de la escritora, en este caso, sino con nuestras propias vivencias, con aquello que nosotros recordamos y con aquello que nosotros creíamos haber olvidado. Rosa Regàs dice que el creador, tanto si es lector como si es escritor, se nutre de la memoria pero también del olvido. Así que esa generosidad de Rosa Regàs hacia el lector está en los espacios de libertad que ella crea, como los finales abiertos, y también los inicios, ya que, al leerla, se tiene la sensación agradable de sumergirse en un proceso que se está iniciando, que lleva a algún lugar pero sin saber a ciencia cierta cómo.

Las novelas de Rosa Regàs son una invitación para que, a través de estos espacios de libertad que ella crea, nosotros, los lectores, nos creemos a nosotros mismos, nos fabulemos, seamos partícipes y nos renovemos de esta manera a través de la imaginación.

El tiempo de las vocaciones ocultas

Rosa Regàs Pagés
Escritora

En primer lugar, quiero dar las gracias a la Universitat de Lleida y al Ayuntamiento de esta ciudad porque han tenido la generosidad de invitarme. Para mí es una satisfacción no solo estar aquí con todos vosotros, sino también tener la oportunidad de volver a pensar en algo en lo que, a pesar de haberlo pensado muchas veces, siempre me da la sensación de que me queda mucho por descubrir todavía. Me refiero a la vejez. Estoy convencida de que lo que diga no será nada nuevo, pero tal vez removerá un poco lo que vosotros mismos conocéis y os permitirá establecer un diálogo, un debate, que es la única manera de que el conocimiento aflore. Así, entre todos avanzaremos un poquito más en la reflexión de este fenómeno tan extraordinario que es la vejez, y que tiene tantas aristas y tantos puntos negros, pero que, al mismo tiempo, tiene tantos momentos de dulzura y de esperanza.

Hablo de la vejez; ya sé que esta palabra no tiene mucho éxito, pero me gusta utilizarla porque es real y significa lo que significa, pero también porque tiene un punto de ironía. Por ejemplo, cuando me invitan a algún acto, suelo decirles a quienes organizan el viaje y deben enviarme algún billete de tren que les voy a mandar mi carné de anciana para que les hagan un descuento. Y es cierto: es mi carnet de anciana, por mucho que se llame “tarjeta dorada”. Y a todo el mundo le hace gracia, porque en realidad, es una forma menos trágica de enfocar la situación. Pero también es trágica la juventud. Siempre digo que no volvería a los veinte años, no volvería más que para volver a llevar minifalda, nada más. Y es que los años de aprendizaje, sobre todo en la época en que yo los viví, fueron muy difíciles. No nos enterábamos de nada hasta que nos casábamos. No sabíamos nada y, de pronto, empezábamos a descubrir el mundo, y entrábamos en un mar de contradicciones, hasta que lográbamos afianzarnos un poco. Para mí fueron años, de los 20 a los 25, realmente amargos, muy amargos. De hecho, yo no sabía ni quién era, no sabía lo que la sociedad esperaba de mí, no entendía qué querían que hiciera, tampoco sabía qué era lo que yo quería hacer. Es decir que, de hecho, todas las edades tienen un punto de tragedia.

Lo que ocurre es que el ser humano es, entre todos los animales de la tierra, el que tiene un proceso de vejez que se relaciona más con el deterioro. Los animales, en general, no se deterioran como lo hacemos nosotros; los animales enferman y mueren o, simplemente, mueren. Tengo muchos animales en mi casa y así veo que ocurre. Parece, según los expertos, que esto viene dado por la razón fundamental de que el ser humano tiene un proceso de vida mucho más largo, de la misma manera que es el animal que tarda más en ponerse en pie o en ser autónomo. Los pollitos se levantan y empiezan a caminar; los burritos nacen y se levantan —yo tengo burros en mi casa, y al verlo, me quedo perpleja—; pero también mueren con mucha más rapidez, porque la vida de un burro, por muy larga que sea, no pasa de los quince, dieciséis o veinte años.

Pero este proceso de deterioro también viene dado por el papel que nos atribuye la sociedad, un papel siniestro, por cierto. Viniendo hacia aquí, antes de coger el tren, he visto un anuncio en un canal de televisión que decía algo así como “Prometo no dejar de ser joven nunca”. Esto nos dice mucho del valor de la juventud en la actualidad. Porque no hace falta que los jóvenes tengan experiencia, ni memoria, ni que estén dotados, ni que sean guapos; simplemente el hecho de ser joven en sí, ya es un atributo. Ello quiere decir que el hecho de ser viejo no lo es, lo cual provoca que estemos, durante toda nuestra vida, atosigados y bombardeados por la televisión, por la publicidad y por la sociedad, en general, con estos mensajes. Así, hombres y mujeres estamos pendientes del terror a hacernos mayores. Sé que esto que digo es exagerado, pues sé también que hay mucha gente que no lo siente así. Pero sí parece que sea lo que pretenden los medios de comunicación. Desde el punto de vista físico, lo vemos sistemáticamente en los anuncios: que si nos tenemos que quitar las arrugas, que si esta crema hace manos más jóvenes, que si nos adelgazamos pareceremos más jóvenes, que tenemos que llevar tal ropa por lo mismo, etc., etc. Hombres y mujeres —es lo mismo— nos hinchamos a hacer una gimnasia que nos machaca, simplemente para mantenernos en forma, no solo por salud sino para mantenernos jóvenes. Y esto puede estar bien, pero no hace falta tenerle tanto miedo a la vejez. Una persona mayor puede ser tan o más atractiva que una persona joven, pero lo que es seguro es que es diferente de otra persona de su propia generación, mientras que entre la gente joven, absurdamente, parecen todos iguales, ya que también ellos están dominados por la publicidad.

También desde el punto de vista mental, a la sociedad le cuesta aceptar a las personas mayores. Un ejemplo claro de ello es el caso de Alberto Oliart, que fue ministro con Suárez y ahora tiene 79 o 80 años y un cargo en Televisión Española. La extrema derecha lo está machacando continuamente, pero no porque lo haga mal ni porque lo haga bien, sino porque es mayor, nada más. Cuando yo estaba en la Casa de América, en 1994, tenía 60 años, y había un tipo que me odiaba —no sé por qué me odiaba pero da igual, siempre hay alguien que nos odia— y cuando le preguntaban por mi despacho, él siempre decía en tono peyorativo “el despacho de la vieja”. A mí no me importaba, porque ya sé que una persona de 60 años es más vieja que una de 40 —aunque él debía de tener 55—; pero había desprecio en la manera de decir “la vieja”, que no era como lo usan los latinoamericanos, “mi vieja”, con cariño, con ternura, no, era simplemente para molestar, como queriendo dar a entender que una persona de 60 años lo que tenía que hacer era estarse en su casa haciendo calceta y cuidando de los nietos.

Fijaos en los diferentes países europeos: siempre ha habido políticos muy mayores y se han aceptado, y aquí solamente tenemos a Fraga como muy mayor. Solo tenemos a personas que se van haciendo mayores a base de presentarse a elecciones y no ganar, por lo cual algún día realmente serán muy ancianos, supongo. Quiero decir que, incluso políticamente, se valora más la juventud. Y no digamos ya desde el punto de vista profesional. Estamos asistiendo a algo deleznable, que es que a personas que tienen una gran experiencia, que son grandes profesionales y que han trabajado en empresas —da igual si es en televisión o en una fábrica— las jubilan y en su lugar ponen a niños,

simplemente para ahorrarse el sueldo (los jóvenes cobran sueldos más bajos) y presumiendo de que la mente de los jóvenes es mejor que la de los mayores.

Así pues, la sociedad también hace que las personas mayores tengamos tendencia a mirar con desánimo los años que nos esperan, los últimos años de nuestra vida, descorazonados. Pero no hay motivo para esto, no hay absolutamente ningún motivo, porque si físicamente nos deterioramos, mentalmente no lo hacemos. No sé si conocéis, supongo que sí, a una magnífica mujer que se llama Rita Levi Montalcini, una italiana que ganó el premio Nobel de medicina en el año 1982 por un trabajo sobre las neuronas. En este trabajo se planteaba que, mientras somos jóvenes, nuestro cerebro crea miles de millones de neuronas y, al mismo tiempo, destruimos otras y vamos creando y destruyendo muchas a lo largo de la vida, y a medida que nos hacemos mayores, cada vez creamos menos y destruimos más. Lo gracioso es que, cuando el año pasado esta mujer cumplió 100 años, le hicieron una entrevista deliciosa, fantástica, en la que la pregunta crucial era: “Usted, que ha ganado el premio Nobel de medicina defendiendo que a medida que nos hacemos mayores destruimos neuronas, ¿cómo puede ser que ahora defienda que la vejez mental no existe?”. Y ella respondió que la vejez mental no existe, porque lo que hacen esas neuronas es dividirse entre ellas para ir creando redes y más redes que se fortalecen y acaban haciendo el trabajo de los cientos de miles de neuronas que teníamos a los veinte años. La prueba de ello era ella misma, ya que le hacían esa entrevista en Milán, a donde había ido desde Roma a dar una conferencia para presentar su último libro, tranquilamente, a los cien años.

La condición es, pues, que no dejemos de hacer trabajar nunca a nuestro cerebro, constantemente. Si nuestro cerebro dejara de trabajar, es como si dejaran de trabajar nuestras piernas: no nos aguantarían. Si no hacemos trabajar a nuestro cerebro y nos dedicamos solo a cambiar el canal de la televisión, sin hacer nada, porque nos da pereza, porque no queremos, porque da igual, porque ya hemos trabajado antes..., entonces entra este sopor, un sopor mental tan brutal que nos impide comportarnos como personas. Naturalmente, Rita Levi Montalcini no habla de las personas que tienen una enfermedad, sea mental o de cualquier otro tipo que impida hacer trabajar el cerebro. Pero tampoco vale decir que toda persona mayor acabará teniendo alzhéimer. No es cierto. No sabemos cómo acabaremos, pero tenemos unos años que vivir desde que nos jubilamos hasta que morimos. Solo se trata de que estos años los vivamos lo mejor posible, con la mayor dignidad posible, con la mayor autonomía posible y con la máxima felicidad posible y esto solo podrá ser si ponemos a trabajar nuestras facultades mentales.

Porque esto significa que se pone en marcha la curiosidad, las ganas de tener más conocimientos, y cuando adquirimos estos conocimientos y hacemos trabajar nuestras facultades mentales: la inteligencia, la memoria, la capacidad de comparar, las emociones, no solo estamos adquiriendo conocimientos sino que estamos creando. Ya lo ha sugerido mi presentadora, que tanto crea el escritor como el lector, porque este le pone cara a los personajes, pone su memoria, le pone un escenario a los paisajes, un escenario de su propia experiencia, le pone intensidad a los conflictos, sí, todo eso hace

el lector. Por eso leer cansa; no es como mirar la televisión. Leer cansa porque lo ponemos todo en marcha y así nos convertimos en creadores. Y es por eso por lo que debe recomendarse la lectura, no solo porque es un acto de formación, sino, sobre todo, porque es un acto de creación.

Y esto es lo que queremos y hemos de hacer las personas mayores, los ancianos, los viejos, los seniors, no importa cómo nos refiramos a ellos. Lo importante es que este trabajo de creación da un tipo de felicidad especial, no comparable con la que da el dinero o el éxito, tan valorados en la sociedad de hoy, que incluso parece que todo lo demás no cuente. La felicidad que nos da el convertirnos en creadores es una especie de plenitud que nos devuelve nuestro cuerpo, nos devuelve nuestra mente, por haberla utilizado, por haber utilizado los talentos que tenemos, nuestras facultades. Es como si nos dieran las gracias por ello. Esta plenitud es algo abstracto que ofrece una tranquilidad emocional, intelectual, de conciencia que nos acerca a la felicidad y que cada vez nos pide más. Nos acerca al punto de vista del otro y así adquirimos varias miradas y obtenemos una visión mucho más amplia del mundo y del conocimiento y esto hace que nuestro criterio se vaya afianzando cada vez más. Ya no somos las personas que conocemos, ya no somos estas personas que nos dice la televisión que tenemos que comprar esto o aquello o que hemos de votar a este o a aquel. En realidad, somos personas que poco a poco vamos sabiendo cada vez más lo que queremos hacer, lo que queremos defender, lo que queremos estudiar, lo que queremos investigar, y lo hacemos, y no porque nadie nos lo imponga, ya que no vamos a aceptar nada sin que antes haya pasado por nuestro intelecto. Esto es fundamental, ya que nos permite convertirnos en personas realmente distintas, nos convertimos en personas que tienen una autocomplacencia, en personas autónomas. Así, quizá lo que no hemos conseguido a los 20 años, lo conseguimos a los 60 o a los 70.

Convertirnos en creadores es lo más importante que nos puede ocurrir en nuestra vida, porque sin duda lo transmitiremos a las personas que nos conocen y a las que no nos conocen, pero también a otras actividades nuestras. Y acabamos siendo creadores cuando caminamos, cuando amamos, cuando estudiamos, cuando investigamos, cuando saltamos, cuando cocinamos... Esto es conseguir la plenitud.

De ahí que sea tan importante que, a partir del momento de la jubilación, no nos quedemos sentados, ni nos convirtamos de nuevo en padres. Yo estoy absolutamente en contra —ya sé que hay muchas personas que están a favor— de que los abuelos vuelvan a ser padres. No quiero decir que no ayuden a los hijos, claro que sí, todos nos ayudamos, pero que vuelvan a tener la condición de padres con las responsabilidades y el cansancio que supone para una persona de 60 o 70 años volver a hacer lo que hacía a los 20 años o a los 25 años, eso no se puede admitir, sobre todo porque se les está robando los últimos años de su vida, los años en los que podrían ser felices.

Cuando yo tenía 23 años y cinco hijos —de los cuales tres nacieron en un año porque encima, por exagerada, los últimos me salieron gemelos—, iba a la universidad. Tenía una empleada que venía a las 9 de la mañana y se iba a las 6 de la tarde. Era una vida ajetreada. Sin embargo, no recuerdo que estuviera cansada; pero ahora, solo de

nombrarlo, ya estoy agotada. Quiero decir que a los 70 años no se puede educar a niños pequeños, no se tiene la misma energía física que a los 20 o 30 años. En cambio, los últimos años de nuestra vida, los años a partir de la jubilación, son años tan importantes o más que los años que hemos vivido. Por esto es tan importante que no paremos de trabajar, de hacer trabajar nuestro intelecto, para que la energía que tenemos al ponernos a estudiar, al ponernos a trabajar, al querer conocer, venga apoyada luego por la fantasía, por la inteligencia y por la curiosidad. Esto nos dará una plenitud impresionante y nos convertirá en personas mejores para nosotros, pero también para los demás.

Es importante que nos convirtamos en creadores a partir de algo que es cultural, ya que la cultura es lo único que puede hacer progresar una sociedad. Estamos profundamente equivocados todos si creemos que la economía lleva al progreso; la economía lleva a que tengamos más cosas, pero nada más. En realidad, cuanto más economía, más cerca estamos de la corrupción, porque hacemos de la economía nuestro máximo afán. La economía sin cultura no hace progresar.

Todos los que estamos aquí, incluso los de generaciones más jóvenes que nosotros, hemos visto cómo este país había cortado las raíces culturales de lo que había sido toda su historia; nos han hecho empezar de nuevo a partir de la dictadura y de la transición, y ahora es difícil recuperar las raíces culturales históricas de épocas pasadas como el siglo XIV o el XVIII. Sí las conocemos, pero quizá de una forma memorística, como la lista de los reyes Godos. Este corte brutal en la cultura ha sido funesto, pero estamos a tiempo de salvarlo y recuperar estas raíces, porque el trabajo que debemos hacer siempre es cultural.

Ya he hablado de la autoestima, ya he hablado de la autonomía que se adquiere de estas maneras, pero voy a hablar también de algo que a mi modo de ver es un poco triste. He dicho que la sociedad no acepta a los ancianos o, más exactamente, los acepta mal, ya que solo los acepta si están dispuestos a parecer jóvenes, a convertirse en clientes de aquellos productos que dicen que les devolverán la juventud. Y una cosa así es trágica porque se olvida que una persona de 50, 60, 70 y hasta 80 años, puede ser profundamente atractiva y no me refiero solo a su inteligencia, me refiero también a su manera de hablar, a su rostro cargado de arrugas, a su manera de entender el mundo, de compartir la vida, todo eso conforma un atractivo infinitamente más profundo que el que teníamos a los 20 años y sabíamos que estábamos “buenísimas”. Y es que están “buenísimas” todas las personas de 20 años, eso no es ningún mérito, es simplemente así. Ya lo dijo Jaime Gil de Biedma en uno de sus poemas, en que habla de la juventud que se ha ido. Cuando éramos jóvenes, éramos todos altos, rubios, guapos, guapísimos, encantadores y conquistar y seducir era pan comido, si nos lo proponíamos y no pensábamos que estaba prohibido, que también ocurría...

En las sociedades antiguas —y en algunas pocas actuales—, los jóvenes tenían el papel de aprendices y eran los ancianos los depositarios del saber. En nuestra sociedad actual, no se acepta que los ancianos seamos esos depositarios del saber; sin embargo, nosotros sabemos que lo somos, porque somos nosotros los que hemos acumulado experiencia:

familiar, política, social, de nuestra inteligencia y emocional. Y si nuestros hijos nos pidieran consejo —que no nos lo piden—, podríamos dárselos y muy buenos. Pero, todo el mundo sabe aquel dicho tan bonito: “no me des consejos, que ya sé equivocarme solo”.

Me gustaría hablar de los enemigos que tiene la vejez. Los ancianos tenemos una gran tendencia a quejarnos, hemos de reconocerlo, porque a veces nos parece que exigimos y mendigamos atención. ¿Pero por qué lo hacemos? Pues porque no nos sentimos o no somos autónomos, porque se nos ha ido la autoestima, porque necesitamos que vengan otros a recordarnos que existimos... Pero si nosotros hemos desarrollado, como he dicho antes, nuestras facultades mentales y tenemos autoestima y tenemos autosuficiencia mental, de la voluntad, para movernos aunque sea lentamente, no necesitaremos que venga nadie a cuidarnos ni a decirnos que somos personas importantes, ni nosotros recordaremos a otros “lo que yo he hecho por ti, hijo mío, tú ahora tienes que hacerlo por mí”. Todo esto resulta nefasto porque podemos acabar convirtiéndonos en personas muy pesadas que todo el mundo elude.

Así, la persona que se convierte en creadora y cuida de su intelecto, entre otras cosas, apenas tiene tiempo de pensar en sí misma; sabe que tendrá achaques, que le dolerá la espalda, que le dolerán los riñones, los pies, que tiene tendencia a tener la tensión alta o baja, o que tiene tos, pero sigue su camino tranquilamente sabiendo que estas son las desventajas de la edad, pero adquiere cada vez más la seguridad que le da la autoestima de haber desarrollado sus facultades mentales. En cambio, la persona que no lo hace solo mendigará, no solo cariño sino atención siempre, lo cual crea mal ambiente entre quienes les rodean. Y ella se siente abandonada, lo que puede ser incluso verdad, ya que no resulta una persona muy atractiva...

Lo cierto es que también nos olvidamos los viejos, los ancianos, de algo que, por lo menos a mí, nos cuesta aceptar, y es que la vida mira hacia adelante. Nosotros hemos cuidado de nuestros hijos y nuestros hijos cuidan de los suyos. Así, cuando pensamos que necesitamos algo más de ayuda y nuestros hijos no nos la pueden dar, porque están cuidando de los suyos, eso nos duele. Pero si lo entendemos como un fenómeno natural que tenemos que soportar y que no pasa nada por eso, ya que al cabo de una hora se nos habrá pasado el disgusto, lo bueno será que no repercutirá en nuestras relaciones sino todo lo contrario, porque nos haremos más comprensivos y entenderemos incluso aquello que nos perjudica. Es un esfuerzo, sin duda, pero es necesario hacerlo.

Otro de nuestros enemigos es la angustia de envejecer, sobre todo a los 40 o 50 años, lo cual es triste porque esa angustia provoca una batalla perdida contra el paso del tiempo. Hablo de la obsesión de operarse y correr el riesgo de que nos descalabren el rostro, como le ocurrió a una amiga mía, que, a fuerza de operarse y volver a operarse, se quedó casi sin piel y el efecto fue el contrario: parecía una anciana patética. Ella misma me lo dijo cuando la encontré un día en un avión y casi no la reconocí: “me he operado demasiado, ya no hay por dónde cogerme”; parecía que tenía solo esqueleto y piel, lo cual daba una imagen un poco angustiada.

Otro gran enemigo es el miedo. De repente nos entra el miedo, no solo el miedo a la muerte, nos entra el miedo a caernos, a estar mal, a padecer una enfermedad más grave. Nos volvemos un poco obsesivos con las enfermedades, lo cual es natural, si se controla. En realidad, pasará lo que tenga que pasar y si, mientras tanto, estamos obsesionados con las enfermedades, nuestro intelecto se ocupará con eso y no estará abierto a otras cosas que nos darían una felicidad mucho mayor.

Se puede ser muy feliz a los 70, 80, 85 años. Una vez estuve en un pueblecito de la Mancha, cuando acababa de publicar un libro que se llama *Azul*, porque me dijeron que un grupo de mujeres y algún hombre habían creado un grupo de lectura y estaban leyendo este libro y querían que fuera para hablar con ellos sobre el libro. Yo no sabía que era gente mayor —en aquel momento yo tenía 60 años y ellos me parecieron muy mayores—, y al verlos les hablé de algo en lo que creo firmemente: que nunca es tarde para las vocaciones ocultas, nunca. Nunca es tarde para aprender a escribir, para tocar el violín, para aprender a investigar, para estudiar, nunca es tarde para nada... Hay que aprovechar estos años que tenemos, en los que ya no trabajamos como antes, ni tenemos aquellas responsabilidades, y que nos ofrecen tiempo libre para dedicarnos a descubrir cuál es nuestra vocación oculta. Se vive tanto tiempo obsesionado con el trabajo, con los hijos, con la profesión, que nos olvidamos de lo que quisimos ser cuando teníamos 15, 16 o 20 años. En aquel pueblecito estuvimos hablando sobre todo esto, con varias mujeres encantadoras. Una de ellas había aprendido a leer hacía pocos meses y estaba fascinada, miraba, tocaba y decía “todo lo que dice esta página, todo lo que esconde esta página yo lo sé”; estaba feliz porque para una mujer que no había leído en su vida y de pronto empezar a leer, le parecía que eso era adentrarse en un mundo de magia, en un mundo realmente fantástico. Nos despedimos muy amablemente y yo les volví a decir que nunca era tarde para las vocaciones ocultas.

Al cabo de diez años, fui a dar una conferencia sobre literatura a Murcia. Al salir había una serie de personas que querían que les firmara unos libros y entre ellas había un señor muy mayor, un señor que debía de tener fácilmente ochenta y tantos años, alto, erguido, con un chaleco de cuadritos. Le pregunté si quería que le dedicara un libro y me contestó que no, que solo quería hablar conmigo. Me contó que él estaba en aquel pueblecito de La Mancha hacía ya diez años, que su mujer lo había arrastrado porque él no quería ir, pero fue, y cuando salió empezó a pensar que era verdad lo que les había dicho, que él había querido ser matemático y que eso se le había olvidado. Cuando llegó a su casa, en la que vivía con sus hijos, les dijo que se iba a poner a estudiar. Sus hijos, sorprendidos le dijeron que si ya no tenía cabeza para esto, que si la inteligencia se gastaba y otras cosas así. Él no les hizo ningún caso y se matriculó en la UNED para hacer los cursos necesarios para entrar en la universidad. Entonces murió su mujer y, con la pequeña pensión que tenía, se fue a vivir a Murcia, alquiló un apartamento de una habitación, un baño y una cocina, se puso a estudiar ciencias exactas, e hizo los cinco cursos de la titulación y también el doctorado. Yo le pregunté qué le decían ahora sus hijos; me contestó que ya nada, que habían entendido que era una manía eso de que por ser mayor a uno ya no le funciona la cabeza. También me dijo: “Mire, yo he tenido una vida feliz. He sido empleado de banca, no he tenido mucho dinero pero sí lo suficiente y

he vivido bien. He tenido una mujer con la que he tenido una vida plácida y tranquila; los hijos, aparte de esta tontería de que decían que no tenía cabeza, no me han dado ningún disgusto. Ahora tengo 85 años y estoy trabajando en un proyecto de investigación de la universidad, de investigación matemática, y a pesar de haber sido tan feliz durante toda mi vida, nunca lo he sido tanto como lo soy ahora. Sé que me voy a morir, lo sé, pero no me preocupa, cuando me muera me moriré; sé que cada vez me queda menos tiempo, como a todo el mundo, pero, mientras tanto, aprovecho la felicidad que tengo.”

Todo esto lo cuento porque yo creo que vale la pena que recordemos la figura de este señor para que veamos que ni el miedo, ni lo que la sociedad nos impone, ni la incapacidad que algunos creen que tenemos, nos puede permitir perder estos años de nuestra vida, para la cual hay que descubrir nuestra vocación oculta y desarrollarla, sea cual sea. Yo la descubrí tarde, aunque la tuviera ‘almacenada’ desde hacía años, ya que no fui escritora hasta los 60 años; pero lo fui. Todo el mundo me decía que ya era mayor para empezar. Yo entonces no sabía si mis facultades mentales estaban como a los 20 años o no; pero lo que sí sabía era que tenía mucha más experiencia, que había leído muchísimos libros, que podía entender lo que era una estructura narrativa y que, por lo tanto, todo esto era un camino que ya tenía hecho. Quise pensar todo esto y salí adelante.

Lo más importante es que todo esto nos evita el mayor sufrimiento que puede tener una persona, que es el aburrimiento, el no sentirse de la sociedad, el sentir que uno está allí, esperando la muerte y que no tiene nada que hacer, solo mirar la televisión, para pasar el rato, y que no tiene capacidad de comportamiento elegido por su propia voluntad. Todo esto es muy triste, muy triste. Si desarrollamos nuestras facultades mentales, nos convertimos en creadores, descubrimos cuál es nuestra vocación oculta, o nuestras vocaciones ocultas, porque a lo mejor tenemos muchas, sencillas o complejas, no importa: cocinar, caminar, ser una persona de compromiso y trabajar en organizaciones no gubernamentales, estudiar, y tantas y tantas cosas como hay en el mundo para satisfacer nuestros propios deseos, nuestras propias vocaciones.

Si somos capaces de llevarlo a cabo, seguro que seremos más felices, pero, sobre todo, dejaremos de ser criaturas de la rutina y la costumbre y nos convertiremos en lo mejor que podemos ser: criaturas de la imaginación.

Muchas gracias.